

Prólogo al poemario *Miradas escritas*

Cuando Manolo escapa de la ciudad, se sitúa en el punto más alto y mira. Lo mira todo. Desde la altura cetrera que le concede su mirada de halcón contempla las calles, las esquinas y las terrazas; se adueña de los postigos y los parques, y hasta parece que florezcan en las puntas de sus dedos las amapolas de los arcones de las carreteras. Desde la distancia prudente del vuelo rasante del águila imperial de su perfil, Manolo estudia con detenimiento las personas, los lugares de reunión y esa nocturnidad permisiva de las alcobas sin pestillos ni cerrojos.

Y desde allí hace brotar la inspiración, inspiración que nace y crece.

Sus versos están plagados de la cotidianeidad sin alevosía, de la costumbre usual del día a día y de ese viento a normalidad obstinada que nos acaricia la nuca cuando leemos —o escuchamos— las frases que alguna vez nosotros soñamos (y quisimos) decirle a alguien.

Otras veces, Manolo cambia el vuelo por la bicicleta, y entonces su mundo es otro, así como también es otra la manera de recorrerlo. Pedaleando Novelda, desde el Pla a la Serreta, subiendo y bajando la calle Mayor y trepando al Castillo por la ladera del deshielo, Manolo viaja por las calles de una Novelda a la que pertenece (y que lo pertenece), saludando a diestro y siniestro, parándose a almorzar junto a las avenidas y contemplándolo todo con la velocidad y el detenimiento de una golondrina o un gorrión.

En otras ocasiones, Manolo descansa: se sienta en una sombra, en esa casa suya que más que suya ya es un poco de todos nosotros, y se deja inspirar por todos los acordes de todas las canciones que le gustan (Supertramp, King Crimson, Dire Straits, Dulce Pontes...), por todas las letras de todos los libros que le apasionan (desde Lope de Vega hasta Joaquín Sabina, en el amplio abanico de unos brazos abiertos).

Pero siempre, esté donde esté, Manolo está, que es lo verdaderamente importante de las personas buenas: que aparezcan, vengan o respondan cuando se las necesita. Me consta que, muy a su pesar, disfruta de las nuevas tecnologías (teléfono móvil, ordenador...) desde hace relativamente poco. Hasta ahora, su teléfono era la calle, con sus casualidades, sus sinrazones y sus despropósitos. Hasta ahora, su ordenador era su

libretita, una libreta de cuadros donde se conjugan a la perfección los versos y las anotaciones, las frases rescatadas del periódico (de su buena amiga Ángeles Cáceres, y de otro, Juan José Millás, que bien quisiéramos todos comensal de nuestras mesas), los trazos de nostalgia que luego, seguro, se harán realidad en algún poema suyo.

Hasta ahora, su despacho era su coche, ese CoHeTe —él me entiende— que más de una vez me ha acercado hasta mi Luna.

Conocí a Manolo un sábado de Pregón de Fiestas de Novelda hará cosa de tres años, por mediación de mi padre, que le comentó que yo tocaba el piano. Semanas después ya almorzábamos junto a las gasolineras. Año y pico después me dedicó y regaló un soneto, de vuelta a otro que le regalé yo (un soneto con su rima y con su métrica, un soneto «de verdad», como tantas veces le digo, le discuto y me discute, a Manolo). Hoy, para celebrar la publicación de este libro de poemas, le mando otro soneto, convencido de que sus versos serán todo un éxito.

Enhorabuena y a por el siguiente.

Manolo desnuda el alma en el verso,
vistiéndolo de amores y añoranzas,
sabiendo que desgasta sus andanzas
en cada cruel rincón del universo.

Manolo es el espíritu disperso,
la solución de las adivinanzas,
los aprobados sin las enseñanzas,
las partituras sin revés ni anverso.

Es la libertad sin la esclavitud,
quiere ser la tuna sin clavelitos
y la medalla sin las piruetas.

Manolo Navarro Calatayud:
es el más poeta entre los malditos
y el menos maldito entre los poetas.